

dos los héroes evangélicos al que la Providencia les dió por protector. Pero este es un abuso. Por muy ardiente que sea el zelo que os interesa en las alabanzas de *Santiago*, no preponderaré yo sus virtudes, acciones y sentimientos en perjuicio de aquellos de cuyo ministerio y sucesos ha participado... En la pintura de su vida y en las circunstancias de su muerte, encontraré los asuntos mas esenciales para diferenciar su vocacion, su apostolado, sus privilegios, su martirio, sus cenizas, su culto y su poder; ó por mejor decir, me fixaré en una sola idea á la que unirá todas las demas.

Santiago fué el primer mártir entre los apóstoles. *Cecidit ipse primus*. Este es un mérito que solamente le pertenece á él; y esta es la proposicion general que servirá de base á este discurso, cuyo designio es este.

El privilegio de preceder á los apóstoles en la carrera del martirio, es para *Santiago* la recompensa de su fidelidad. *Punto primero*.

El privilegio de haber precedido á los apóstoles en la carrera del mártirio, es para *Santiago* el motivo de su gloria. *Punto segundo*.

AVE MARÍA.

PRIMERA PARTE.

Todos los apóstoles, como dice Tertuliano (1), estaban destinados para el martirio, pero uno solo de ellos debia abrir á los demas

(1) Apol. de Tertul.

mas aquel camino sangriento por el que le debian seguir: esta gloriosa prerogativa estaba reservada para *Santiago*... El primer individuo del colegio apostólico que verá perecer la Iglesia con suma afliccion suya, será aquel hombre que no contaba delante de sí despues de Jesu-Christo, sino á San Andres y á San Pedro; aquel hombre de quien tuvo San Agustin la vocacion, de quien San Crisóstomo alaba los sacrificios, y de quien San Gerónimo asegura los triunfos; en una palabra, será *Santiago el Mayor*.

¿Qual es lo que yo deberé admirar mas desde luego, el amor de Jesu-Christo por *Santiago*, ó el amor de *Santiago* por Jesu-Christo? El amor de Jesu-Christo ácia *Santiago*, se conoce por la eleccion que hizo de él para ser su discipulo en la dignidad del apostolado, á la que le elevó con los distinguidos favores con que le honró, y con las importantes lecciones que le dió. El amor de *Santiago* ácia Jesu-Christo, se manifiesta por su pronta obediencia, por su generoso sacrificio y por el ardor de su zelo; siendo á este amor fiel al que debió el privilegio de preceder á los apóstoles en la carrera del martirio. *Cecidit ipse primus*.

Ya habia empezado Jesu-Christo á ejercer su ministerio público. Desde el centro de su retiro se extendió por los espinosos campos por donde estaban los dispersos rebaños de la casa de Israel. Por sus lecciones y exemplos, daba á entender la grande y maravillosa obra que debia consumir la redencion del

mundo, poner en claro el Evangelio y mudar la Religion del Universo..... Para executar esta dificultosa empresa juntó discipulos, que no tardó en hacer apóstoles..... Andrés y Pedro eran solo los únicos que habia conquistado quando se dexó ver en las riberas del mar de Galilea. *Procedens* (1). Allí fué donde alcanzó á ver á *Santiago* y Juan, hijos del *Zebedeo*, que baxo las órdenes de su padre se exercitaban en la obscura ocupacion de la pesca. *Vidit* (2). Esta era su ciencia, su trabajo y su riqueza. A esto se extendia su modesta ambicion, y, como dice *San Basilio*, no se hallaban con tan buen ingenio que pudiesen tentar mayores proyectos. Como eran unos hombres sin letras, sin conocimiento y sin crédito, estaban olvidados del mundo, y aun ellos mismos ignoraban los honores y peligros que habia en él. Extendió sobre ellos *Jesu-Christo* la vista lleno de bondad y de complacencia. Les llamó. *Vocavit eos* (3). Mas les llamó para colocarles entre sus discípulos. Tal es la vocacion de *Santiago* y la primera prueba del amor que le dió *Jesu-Christo*.

Apenas fué *Santiago* su discípulo quando se vió colocado en la clase de los apóstoles. Doce hombres fueron separados del resto de los demas y escogidos por *Jesu-Christo*, *duodecim* (4), para que fuesen testigos de

(1) Matth. 4. 21.

(2) Ibidem.

(3) Ibidem.

(4) Marc. 3. 14.

sus acciones, depositarios de sus secretos, intérpretes de su doctrina, predicadores del Evangelio, fundadores de la Iglesia y victimas de la Religion. Entre aquellos hombres escogidos ocupaba *Santiago* el tercer lugar... *Boanerges*, hijo del trueno, fué el misterioso nombre que recibió: nombre del que llenará toda la significacion.

Pero si el amor de *Jesu-Christo* para con *Santiago* se dexaba ver con el honroso ministerio que le confiaba, con mucha mayor claridad lo podremos distinguir por los singulares favores con que le colmó.

Jesu-Christo acababa de obrar en Galilea el primer milagro que le atraxo la confianza de los pueblos, la envidia de la sinagoga y los homenajes de sus discípulos. Así, pues, se ocultó por algun tiempo al estrépito de los aplausos..... Se fué á un parage solitario para gozar del delicado placer de tener amigos y descubrirles su poder. Mandó á nuestro Santo que fuese con él á la casa de *Simon Pedro*, que estaba llena de tristeza y sentimiento. La nuera de este apóstol gemia postrada en una cama, llena de dolor. Una fiebre ardiente denotaba en sus venas un fuego destructor que parecia la iba á conducir rápidamente al sepulcro. Imploró *Santiago* por ella el poder de *Jesu-Christo*. Pero ¿será oida su súplica? Sí por cierto: por medio de un repentino milagro se sucedió la fuerza á la languidez, y penetrada de reconocimiento la que era el objeto de esta maravilla, llenó de admiracion á los que lo presenciaron. Este

es el privilegio de *Santiago*.... Apresuraos, gran Dios, para coronar esta primera gracia con un segundo favor.

Jayro, hombre distinguido en la Sinagoga, de quien era el gefe y cabeza, habia puesto todo su consuelo y esperanza en una hija única que causaba la dulzura de sus dias. ¡O fatal acontecimiento! Una temprana muerte la arrebató á su ternura. Ya no existia aquella hija querida, y digna de serlo. Las lágrimas del padre regaban el inanimado cuerpo de la hija; y sus tristes sentimientos buscaban todavía, por si le podian encontrar, el remedio de aquella que causaba sus penas.... Llega Jesu-Christo.... ¡O que maravilla tan asombrosa se dispone! El hombre que tiene fé ruega, y el Dios de poder obra. Manda Jesu-Christo á la muerte, y cede su presa. Esta es la primera resurreccion con que el Salvador dió al mundo un interesante exemplo. Mas, ¿si será solamente Jayro el que se aproveche de un milagro que no parece corresponder mas que á él? No por cierto, no: el Hombre Dios escogió tres discípulos privilegiados, á vista de los quales quiso obrar este insigne prodigio. *Santiago* era tambien uno de aquellos que habia dispuesto le acompañasen. Segundo favor.

A este se seguirá el tercero, que excederá á todos los demas. Mi consideracion llega hasta el Thabor, en donde Jesu-Christo manifestó un rayo de su gloria... Los que entre los discípulos de Jesus no seais tan favorecidos como Pedro, *Santiago* y Juan, permaneceréis

éis al pie de la montaña. Pero vosotros tres, ó dignos discípulos de su confianza, seguiréis sus pasos á vista de la gloria con que el cielo le va á reconocer como á Hijo del Eterno Padre, y en el mismo parage en donde Moisés y Elías van á tributar homenajes á su divinidad.... *Santiago* ve lo que jamas han descubierto los ojos del hombre.... ¡Que ruido aquel! Las nubes se despedazaban. ¡Que resplandor! El sol parecia que se dexaba caer sobre la tierra. ¡Que magestad! Un hombre parecia un Dios. Ah! no, no le estaba permitido á *Santiago* referir lo que se le concedió admirar. ¡Quan eloquente le hubiera hecho el reconocimiento si lo hubiera podido expresar!

Pero se le habia impuesto un riguroso silencio. La observacion fiel que hizo de él, le mereció nuevos beneficios. Aquel á quien Jesu-Christo habia hecho testigo de sus grandezas y de su gloria, debia ser tambien el expectador de sus dolores y de su agonía. Llegó el dia en que el Hijo del hombre habia de experimentar la traicion por la ingratitud, y ser entregado por la perfidia. Salíó Jesu-Christo del Cenáculo, y adelantándose ácia el jardín de las olivas, se le representó la imagen del Calvario á sus tristes reflexiones. Pensaba sobre ella; se entristecia, y rogaba á su Padre. Sudaba gotas de sangre, y se le decaían las fuerzas. El Dios de sabiduría y de poder, no parecia ya sino un hombre débil, abatido y moribundo.... ¡O amigos fieles de Jesu-Christo! vosotros única-

camente sois los que debeis recoger los suspiros de vuestro Maestro en aquel crítico momento, sumamente á propósito para derribar vuestra constancia. La de *Santiago*, pues, fué la prueba de todos los acontecimientos. Si huyó, no fué, como dice San Juan Crisóstomo, porque temiese morir con Jesu-Christo, sino por el horror de verle sufrir, que era lo único que le habia hecho mover sus pasos. Ah! si sus poderosas manos le hubieran podido proporcionar los eficaces socorros que su corazon le deseaba, hubiera escusado la voz del Angel que iba á dar á Jesu-Christo todo su ardor y su zelo... En la escuela de un Dios sufrido debia hacerse *Santiago* á los sufrimientos. Debia aprender á humillarse con la memoria de sus propias flaquezas. ¿De sus flaquezas? ¿Pues como era posible que despues de tantos favores se advirtiese ninguna en él? ¿Tenia acaso algunos ambiciosos pensamientos? Sí, hermanos míos, y el amor de Jesu-Christo debia reformar el corazon de su Apóstol, iluminar su espíritu y corregir sus afectos. Tal vez puede que concediese mas grande favor á *Santiago* quando se dignó instruirle, que quando á su vista tuvo á bien multiplicar sus milagros.

La nacion Judayca estaba imbuida en una injusta preocupacion. Se representaba al libertador de Israel con la brillante imágen de un monarca, que vencedor del Universo debia conquistar un revno, cuyos límites serian los del mundo. Criados con estas naciona-

nales ideas *Santiago* y su hermano, no conocian el reyno espiritual que Jesu-Christo les anunciaba: se figuraban que iba á poseer un trono; á distribuir unos grandes empleos y á dispensar muchos honores. Llenos de la ilusion que les encantaba, hacia su madre que tomasen interes en su suerte, como que era tan crédula como ellos, y tal vez mas ambiciosa..... ¡De quanta indignacion se llenaron los otros discípulos quando vieron que postrada esta indiscreta madre á los pies de Jesu-Christo le suplicaba la gracia de que colocase á sus hijos respectivamente á la derecha é izquierda del Salvador en su reyno! Madre imprudente, hijos interesados, conoced vuestro error. Vosotros estais creidos de una fantasma que jamas se realizará... Bien se pudiera, como hizo San Ambrosio, echar un artificioso velo sobre este extravío, y vengarle de la sospecha de una horrorosa codicia. ¿Pero hay colores bastantes con que poder adornar una accion á quien Jesu-Christo condena? Júzguese, pues, su modo de pensar por su respuesta. Vosotros, les dice, pedis tronos, y yo os reservo cruces. ¿Como podreis beber del cáliz que yo he de gustar antes que vosotros? *Potestis bibere calicem, quem ego bibiturus sum* (1)? Para reynar conmigo es menester aprender á sufrir conmigo. ¿Como os ha de ser la muerte insensible? *Potestis*? Así representó el amor de Jesu-Christo á *Santiago* el terrible espectáculo de los

con-

(1) Matth. c. 20. v. 22.

contratiempos, y los tormentos del martirio que tenia que padecer. Antes de que pudiese esperar la corona, le manifestó los oprobios.

Santiago respondió al amor con el amor. Sí señor, dixo á Jesu-Christo, todo nos lo podemos prometer, pues que nos concedereis la gracia de executar lo todo. *Possumus*. Podemos asegurar que seremos las víctimas de la Religión, respecto de que nos llamais para ser los apóstoles. *Possumus*. Un discípulo tan fiel como éste bien podia asegurar que sería constante.

En efecto, digo un discípulo fiel porque Jesu-Christo hizo oír á los hijos del Zebedeo aquella poderosa voz que atrae con dulzura y arrastra sin violencia. *Vocavit* (1). Así, pues, se verificó una pronta obediencia á la mas leve insinuacion. *Statim*. Para *Santiago* era esta primera gracia un atractivo poderoso que triunfaba enteramente de sí mismo. Pero ¿era menester dexar las redes y la navicilla que componian todo su caudal y fortuna? Pues desde luego las abandona. ¿Era necesario dexar á un padre á quien ayudaba á sobrellevar los trabajos, y de cuyos bienes disfrutaba? Pues desde luego le dexa. *Relictis rebus et patre* (2). ¿Era preciso olvidarlo todo y sacrificarlo? Pues de todo se olvida y todo lo sacrifica. Quando Dios da á entender su voluntad se hace el hombre dichoso en condes-

(1) Matth. c. 4. v. 21. y 22.

(2) Idem.

descender con ella. Ya no tenia *Santiago* en la tierra otra cosa que al Maestro á quien se unió. En Jesu-Christo lo hallaba todo. El era su riqueza, su esperanza y su padre. A nadie conocia ni escuchaba, sino á Jesu-Christo. A él se entregó enteramente y para siempre. Le siguió, y á imitacion suya su hermano. El exemplo de *Santiago* era para San Juan la mejor leccion. *Secuti sunt eum* (1).

Pero seguir á Jesu-Christo es abrirse un camino lleno de contradicciones y de oprobios; abrazar la pobreza y la penitencia; desasirse de la carne y de la sangre, y renunciarse á sí mismo. Nada queria decir todo esto para *Santiago*: el sacrificio mas heróyco le parecia el mas perfecto. La multitud de las pruebas jamas igualará á la inmensidad de sus deseos. Las empresas mas dificultosas nunca alcanzarán á su zelo. ¿A quien será posible, si se considera su zelo, dar á conocer cabalmente su ardor, medir su extension y describir sus sucesos? Ya penetraba este hijo del trueno por la nube que le tenia cautivado. Brillaba la luz en sus ojos, salía el fuego de su boca, y sus manos quisieran traspasar á la maldad en todos los enemigos del Hombre Dios... Vosotros sois, perversos habitantes de la infiel Samaria, vosotros sois los primeros objetos contra quienes se inflama lleno de indignacion su zelo. Vosotros reusais dar asilo á Jesu-Christo dentro del recinto de vuestros muros. *Santiago* no consultó mas que á

Tom. III.

Q

su

(1) Matth. c. 4. v. 21. y 22.

su amor á vista de esta ofensa. Con el ardor que le arrebatava, solo pensaba en vengar la injuria y castigar los autores de ella. Deseoso de acabar con la ciudad entera, hubiera querido que baxase la llama del cielo, y que por un horrible estrago hubiese consumido hasta la última piedra de los cimientos de ella. Pensaba, Señor, que si vos lo disponiais así, obedecerian los elementos á vuestra voz. Era tal su fé, que, como dice San Ambrosio, no le quedaba ninguna duda sobre el poder de Jesu-Christo. Es verdad que su fé era laudable; pero aun era mucho mas impetuoso su zelo. Tú no sabes, le dixo el Salvador, qual es el espíritu que te debe animar. *Nescitis cujus spiritus estis*. El espíritu de mi ley, no es el de la venganza, sino el del perdon. El terror confunde á los hombres, y la moderacion les gana y atrae. Un zelo excesivo y demasiado severo es peligroso. Es menester atraer á los pecadores por los beneficios, y no desesperarles por las maldiciones.

¡Quan bien sabrá aprovecharse *Santiago* de estas sabias lecciones y documentos! Vencedor Jesu-Christo de la muerte, y estando para subir al cielo, ordenó á sus apóstoles que repartiesen entre sí la conquista del Universo. En este repartimiento fué comprehendido *Santiago*... Desciende sobre la tierra, espíritu divino, descendiende sobre la tierra y comunicalle tus diversos dones; quiero decir, el don de inteligencia, de sabiduria, de intrepidez y de constancia para desempeñar el penoso ministerio que debe exercer. Pero ¿en que parages

ó regiones lo pondrá en práctica? Cada parte del Mundo tendrá su apóstol. *Santiago* el Justo permanecerá en Jerusalem, y será escogido para ser el primer pontífice, y *Santiago el Mayor* ratificará, como dice San Clemente Alexandrino, esta misma eleccion. Andres enseñará en Acaya, Pedro en la Judéa, Thomas en las Indias, y Juan en todas las Iglesias del Asia. ¿Pues por donde ha de ir *Santiago el Mayor* para ser el *Angel de la Providencia*?

Aquí es donde se presenta á la crítica un tenebroso laberinto, y donde niega sus luces la verdad para caminar por los pasos de *Santiago* en el curso de su apostolado. El silencio de los libros santos han dado lugar á muchas opiniones; de estas opiniones se han originado dudas, y estas dudas han producido objeciones vivamente sostenidas y aun con mucho mayor vigor combatidas. Entre este cúmulo de contradicciones, ¿como es posible sacar la luz del obscuro caos que la encierra? Yo estoy seguro, hermanos míos, de que no habrá quien os declare lo que el Espíritu-Santo tuvo á bien de callar, pero no por eso lo dexaremos de asegurar con una tradicion admitida por las autoridades que la establecen. Si despues de haber llevado la luz á las tinieblas, hallase aun contradictores el entendimiento mas sólido, dexarémos á los sabios con sus congeturas, á la incredulidad con su preocupacion y á la España que dispute sus pretensiones. *Santiago* no necesita de títulos contradictorios, ni de triunfos imaginarios para estampar en su apostolado el sello de la inmortalidad.

Este apostolado, pues, le empezó en la Judéa. Ella fué el primer teatro de sus empresas y de sus sucesos. A los Judíos es á quienes reprendió por la muerte de un Dios, cuya sangre aun está palpitando; á los Judíos digo, que sentian los progresos de la reciente Iglesia y á quienes irritaba el zelo de los apóstoles; á los Judíos, que estaban siempre supersticiosamente adheridos á sus leyes y ceremonias; á los Judíos, en fin, que eran otro tanto mas implacables en su furor, quanto mas orgullosos en su sabiduría. *Santiago* mereció por sus trabajos ser tenido en la Judéa por una de las *tres columnas* de la Iglesia. Así lo siente San Gerónimo. El sabio Barónio añade, que por la santidad de su vida, por la gloria de las mas resplandecientes acciones, y por la rápida propagacion de la fé, se aseguró *Santiago* en la Judéa una reputacion universal. Pero ¿cáso se cifieron solo á su patria sus peregrinaciones y sus victorias? ¿Seria solo por este pueblo por el que hubiese mudado Jesu-Christo el nombre de este Apóstol? ¿Es posible que no habia de resonar este trueno mas que en Jerusalén? ¿Por que no hemos de creer, que el Hijo de Dios le habia destinado para llevar á los climas mas remotos de la tierra las luces de su doctrina, el império de su eloqüencia y el resplandor de su zelo?

Muchos pueblos se persuaden que deben á la predicacion de *Santiago* los primeros rudimentos de su fé. Por su ministerio es por medio del qual pretende la Cerdeña haber recibido el presente de la Religion christiana; y aun-

aunque buscan títulos para apoyarlo, se hallan infinitas razones para destruirlo. Ninguno hay que, acerca de esto, pueda justificar la frívola opinion de los que aseguran que nuestro Santo ha llevado la fé á la Hibernia, á las Gaulas, á la Italia, á la Inglaterra y hasta la Armenia. Esto seria mas bien debilitar su gloria y fundarla sobre suposiciones que combaten la cronología, la autoridad de la tradicion y la unanimidad de los sentimientos.*

En títulos mucho mas respetables, aunque no dexan de ser algunas veces contradictorios, se gloria la España ser deudora á *Santiago* de la fé que profesa.... Aumentad ahora, hombres armados de obgeciones obscuras, aumentad ahora vuestros ataques, haced que resplandezca vuestro saber, agotad vuestros razonamientos, comunicad vuestras dudas y atraeos imitadores y partidarios, que siempre nos será permitido oponer á vuestras pomposas decisiones una irrefregable autoridad, qual es la de la voz de la Iglesia. Esta es la que habla. Escuchad sus oráculos... Despues de la Ascension de Jesu-Christo, dice, predicó *Santiago* la divinidad del Salvador en la Judéa y en la Samaria. El fué el que puso baxo los estandartes del Evangelio á un gran número de pueblos. Luego salió para España. *In Hispaniam profectus*. Algunas conversiones fueron en aquellos dilatados parages el dichoso fruto de su zelo. *Ibi aliquos ad Christum convertit* (1).

Q 3

(1) *In Offic. S. Jacob. Brev. Rem.*

¿Se-

¿Será necesario añadir á este auténtico testimonio alguna nueva prueba que le confirme? Pues echemos la vista sobre aquella preciosa colección con la que muchos hombres ilustrados han tomado á su cargo el cuidado de transmitir á las generaciones futuras las *Actas de los Santos* (1). Como disertadores curiosos y profundos recogieron todos los títulos que aseguran á *Santiago* sus conquistas, á la España sus derechos, á la Iglesia su decisión y á la tradición todo su vigor y evidencia. Abrase aquel venerable monumento que nació por decirlo así, con el Evangelio, y cuenta la célebre Abadía de Marchena entre sus riquezas, y se verán estas decisivas y terminantes palabras: *Santiago* predicó en España. *In Hispania predicasse* (2)... Cuando, como dice un respetable autor, no tuviera la España para sostener su causa mas que una tradición inmemorial, bastaria esta para su defensa siempre que estuviese apoyada, como lo está, en la fé de todos los tiempos. La creencia de todos los siglos, siempre debe triunfar de qualquiera particular preocupación ó reparo.

Italia, Francia, Inglaterra, Rusia y las Indias, concurren de acuerdo á mantener esta creencia, cuyos fundamentos toca destruir á la incredulidad moderna.

Pero como se ha de colocar en el lugar de los hechos apócrifos una verdad que al parecer insinuan San Justino, Tertuliano, Ori-

(1) *Acta Sanctorum, Bolland.*

(2) *Manus. Monast. Marchiemi.*

genes y Arnobo? ¿una verdad solemnemente atestiguada por San Gerónimo, San Isidoro, San Julian de Toledo, San Vicente Ferrer, S. Antonino y San Hildeberto? ¿una verdad contra la qual arguyó el Cardenal Baronio, y que en breve tiempo tuvo que respetar como convencido de ella? ¿una verdad que el Cardenal Bona no creía susceptible de ninguna dificultad real, y que el Cardenal de Aguirre defendió con tanto zelo como sabiduría? ¿una verdad que confirman las primeras Liturgias de España, un antiguo martirologio de Auxerre, Godofredo de Viturbo, Notkero, Adon, Usuardo y Belarmino? y en fin, ¿una verdad de quien se declaran por garantes muchos soberanos Pontífices, como fueron entre otros Leon III, Calixto II, Juan X, Pio V, Clemente VIII, Urbano VIII y Gregorio XIII? y ¿por que no habia de haber tenido la España su Apóstol, siendo así que fué á los apóstoles á quienes se confió la conversion del Universo? Merezca, pues, *Santiago* en vuestro concepto, hermanos míos, la ventaja de haber sido el primero que iluminó á la España con los rayos de la fé. Armese aquel reyno con firmeza contra la crítica audaz que se atreva á quitarle con *Santiago* á su Apóstol y padre. Jamas nos impedirá inspiraros un profundo respeto á las tradiciones sostenidas por el consentimiento de tantas Iglesias particulares, y ratificadas por la autoridad de la universal Iglesia. Los sabios los pueden ofuscar pero la Iglesia jamás os engañará. Quando defien-